

Título: Presencia del Socialdarwinismo en la obra inicial de Fernando Ortiz y su posterior superación.

Autora: Lic. Yasvily Méndez Paz

Universidad de Matanzas “Camilo Cienfuegos”.

Dpto. de Estudios Socioculturales.

El 16 de julio de 1881, en la casa de San Rafael 148, esquina a Lucena, en la ciudad de La Habana, nació Fernando Ortiz Fernández. Hijo del montañés Don Rosendo Ortiz y Zorrilla y de la habanera Doña Josefa Fernández y González del Real.

Al cumplir un año de edad, su padre lo lleva a Menorca donde transcurren su infancia y primera juventud en la villa de Ciudadela, donde reside hasta los catorce años en el seno de su familia materna. Desde muy temprana edad, comenzó a demostrar una fuerte inclinación hacia los estudios penales. Cuando regresa a su patria ya había terminado sus estudios de bachillerato en Mahon, capital de aquella isla balear, y obtenido su título de bachiller, expedido el 30 de junio de 1895 por el rector de la Universidad de Barcelona. Se matricula entonces por el sistema de enseñanza libre en la Universidad de La Habana para estudiar la carrera de Derecho, entre las asignaturas que cursa alcanza sobresaliente y premio en Derecho Penal.

La situación imperante en Cuba, cuyos ingentes sacrificios en la guerra necesaria desembocaron en un frustrante desenlace por la intromisión imperialista, forzó en 1898 la decisión paterna de que continuara sus estudios en la Universidad de Barcelona, donde el 29 de junio de 1900 adquiere su licenciatura en Derecho.

Ese mismo año se matriculó en la Universidad Central de Madrid para obtener el título de Doctor en Derecho y tuvo que presentarse a examen de grado, para lo cual seleccionó un tema de contenido penal con el título: “Base para un estudio sobre la llamada reparación civil”, que fue impreso en un folleto. Esta venía a ser su primera obra editada en español, pues antes había publicado un folleto en dialecto menorquín acerca de las costumbres populares de esta región.

Durante su estancia en Madrid (1900-1901), con el fin de alcanzar el doctorado en la carrera jurídica, tuvo una activa participación en el llamado “Instituto

Sociológico”, integrado por los alumnos del profesor don Manuel Sales y Ferré, quien ejerció una gran influencia en la formación científica del futuro investigador. Como resultado de estas enseñanzas, efectuaría prácticas antropológicas y antropométricas en la Cárcel Modelo de Madrid. Que fuese seleccionado para extraer del propio medio carcelario las enseñanzas que la vida hacía prevalecer sobre el aprendizaje formal, indica que ya se reconocían sus inclinaciones hacia las investigaciones penales, y esto contribuyó a que sus condiscípulos le solicitaran que comentara el libro “La mala vida en Madrid”, en el Instituto Sociológico. El autor principal de esta obra era un destacado profesor de criminología de la universidad madrileña. Este texto constituía un serio intento psicosociológico, pues sus redactores definían las gentes de mal vivir, se ocupaban de la embriología de la mala vida, de la penitenciaría, y brindaban sugerencias para la elevación del nivel de vida. Aunque se desconoce la fecha exacta en que se formulara esta petición, ella pudo estar influida por el hecho de que, en fechas muy cercanas, Ortiz preparaba la lectura de dos conferencias en el Instituto Sociológico acerca de las festividades dedicadas a San Juan en Menorca. En ambas disertaciones- recogidas años más tarde en un folleto publicado en La Habana- Ortiz daba muestra de su precoz capacidad para la observación directa del medio social, al exponer una vívida descripción de la celebración de San Juan Bautista, de la cual debió sentirse participante. En esta exposición se nota la ausencia de algún tipo de referencias comparativas con la descripción de similares celebraciones de la misma festividad en la sociedad colonial de Cuba. Esto se debió al corto período (1895-1898) en que residió en la Isla, donde no debieron ser muy significativos dichos festejos, a causa de las cruentas condiciones de nuestra guerra de liberación.

En 1901 regresó a Cuba y se propuso estudiar lo que era, en verdad, un interesantísimo fenómeno etno-sociológico del trasplante de una sociedad secreta africana en América, pero forzado por sus tempranas inclinaciones a las ciencias penales, sólo quiso analizarlo desde el aspecto disciplinario de la criminología, por ende, el libro en proyecto intentaba estudiar la “mala vida habanera”, enfatizando las actividades del ñañiguismo tenidas por antisociales y delictivas.

En contacto con la realidad social de la población habanera, enseguida comprendió que el tema desbordaba las posibilidades de una rápida redacción, por lo que decidió pedir ayuda a dos colaboradores: Miguel de Carrión, el novelista, que se encargaría de estudiar los aspectos habaneros de la prostitución, y el acerbo periodista Mario Bustamante tomó a su cargo el examen de la mendicidad. Este promisor proyecto de redacción colectiva nunca llegó a culminar, desestimulado seguramente por la nueva partida de Ortiz hacia Europa en un tiempo relativamente breve.

Luego de su regreso de Europa, publicó su primer artículo editado en Cuba, con el título “Vulgarizaciones criminológicas”, en la revista habanera “Cuba Libre”, donde mostraba una vez más su dedicación a las materias del Derecho Penal. Este artículo, con el cual Ortiz anunciaba su interés de publicar una serie de trabajos de divulgación de las nuevas corrientes en esa disciplina, contenía una descarnada descripción de la sociedad cubana en aquellos primeros años de su vida republicana, y después de presentar tan sombrío panorama social de una nación que surgía penosamente del embrollo colonial, opinaba que tal desatención oficial era consecuencia del enfoque arcaico de los gobernantes, quienes en su excesivo apego a las caducas concepciones del derecho criminal, tampoco eran compulsados por la opinión pública, alertada por el conocimiento de las nuevas corrientes criminológicas.

Para cumplir su anunciado propósito, Ortiz continúa de inmediato la publicación de una serie de artículos, siempre con similares temáticas: el tratamiento del negro cubano. Precisamente en estos trabajos, así como en casi todos los que escribe hasta 1925, se perciben marcadas influencias del Darwinismo Social. Esta es la etapa donde da a conocer su Hampa Afrocubana, ambicioso proyecto del cual solo se publicó una trilogía: “Los negros brujos”, “Los negros curros” y “Los negros esclavos”.

La primera estaba constituida por apuntes para un estudio de etnología criminal. Con ella inicia en Cuba los estudios antropológicos y sociológicos de la criminalidad, y en el mundo de la ciencia, los estudios sobre la criminología del negro delincuente.

Es evidente, desde estos estudios iniciales, la importancia que confiere Ortiz al trabajo de campo en calidad de observador participante, las narraciones minuciosas, el detalle en el vestuario, en el ritual, solo pudo ser descrito por alguien que presenciara tales ceremonias. Su método de investigación dista mucho de la Escuela evolucionista clásica inglesa- de la que sin embargo también se nutre- pues no es Ortiz un antropólogo de gabinete que desarrolla teorías especulativas. Equivocado sí, sobre todo por la influencia de las tesis Socialdarwinistas, pero en un sentido teórico, pues su método de investigación es atinado y en el futuro garantizará la madurez científica del autor.

En este texto se aprecian numerosas inconsistencias, muchos problemas sin resolver, otros observados sin la detención requerida y algunos esbozados apenas. A pesar que señala el inicio de su profundo y extenso sondeo de lo que denominó “afrocubanía” y nos brinda un enorme caudal de valiosas informaciones y de atinados juicios acerca de la presencia, integración y valoración de los aportes materiales y espirituales del negro en la conformación de nuestra nacionalidad y nuestra cultura, nos muestra una serie de teorías sobre la vida de la raza negra que constituyen limitaciones de esta obra dedicada a los estudios afrocubanos en Cuba.

Ortiz utiliza una estrecha concepción racial que se manifiesta con reiteración en toda la amplitud y profundidad de este libro. Hace alusión a la presencia de tres razas en la formación de caracteres psicológicos en Cuba: la blanca, la negra, la amarilla y una cuarta, la cobriza o americana, que ejerció, según él una escasa y casi nula influencia. Las estudia de forma separada, no las ve como un conjunto fusionado que aportó sus diferentes músicas, danzas, religiones, etc., para formar el etnos-nación cubano.

La atribución de caracteres morales y psicológicos a cada una de estas razas por parte de Ortiz es, sin dudas, consecuencia de su admiración por la obra de Lombroso, que formó varias generaciones de criminalistas.

Por otra parte, sus planteamientos acerca del estado de “barbarismo” de la raza negra y de la posibilidad de llegar a la “Civilización”, evidencian la impronta del esquema unilineal característico del evolucionismo inglés del siglo XIX. Tylor, uno

de sus principales exponentes, había planteado la teoría de los “survivals” o “supervivencias” como explicación a la existencia de elementos propios de estadios culturales anteriores que lograban sobrevivir en nuevas condiciones- una especie de atavismos culturales- y esta tesis es adoptada por Ortiz en estas primeras investigaciones para explicar cómo podían, en una sociedad “civilizada”, mantenerse el fenómeno de la brujería, término peyorativo que utiliza en esta etapa y que más adelante rechazará.

Considera que la raza negra se vio oprimida frente a una raza de superior civilización y enemiga: que la sometió a un trabajo rudo y constante, por lo que, el negro no poseyó ninguna cultura hasta que obtuvo su libertad. Piensa que la raza negra, principalmente, fue la que marcó la mala vida cubana con sus supersticiones, sus organizaciones, sus lenguajes, sus danzas, su música, etc. Además, que esta fue la que engendró la brujería y el ñañiguismo, las cuales ocuparon gran peso en el hampa de Cuba

(...)” Al llegar los negros entraban todos en la mala vida cubana, no como caídos de un plano superior de moralidad, sino como ineptos por el momento, al menos, para trepar hasta él(...) En sus amores eran los negros sumamente lascivos, sus matrimonios llegaban hasta la poligamia, la prostitución no merecía su repugnancia, sus familias carecían de cohesión, su religión los llevaba a los sacrificios humanos, a la violación de sepulturas, a la antropofagia y a las más brutales supersticiones; la vida del ser humano les inspiraba escaso respeto y escaso era también el que de ellos obtenía la propiedad ajena, etc.(...) ”¹⁴Expone que el negro era incivilizado, que su moralidad, su intelectualidad y sus voliciones eran primitivas. Estas características lo hacían inferior y lo adentraban en el mal vivir.

Califica, vagamente, la religión negra con un sentido fálico, incluso menciona a Eleguá como el dios que utilizaban los negros para darle un matiz relevante y reiterativo al falo.

¹⁴ “Los negros brujos”, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1995, p.16-17.

“Algunas veces se observan en la brujería rasgos que parecen relacionarse con el culto del falo, como por ejemplo la asistencia de varias recién paridas a las ceremonias (...)”¹⁵

Afirma que los negros, en su religión, realizaban violaciones de sepulturas y empleaban restos de humanos en sus calaveras y huesos humanos como fetiches (objetos de adoración del fetichero, o brujo, según la terminología de Ortiz). Indica, que no sólo les interesaban las tumbas de sus antepasados, sino las de otras personas. (...)”uno de ellos llevaba colgado de un gorro cuatro trenzas de largos cabellos procedentes de otras tantas profanadas tumbas”.¹⁶

Indica que los negros, a veces, practicaban la antropofagia. Desenterraban los muertos y los utilizaban para comidas y los huesos para fetiches.

(...)”Pero a veces el uso de carne humana llega al canibalismo, para satisfacer el cual, que no es sino una forma de posesión más íntima del doble del muerto, se desentierran también los cadáveres recientemente inhumados especialmente, como he dicho, si son personas distinguidas desde el punto de vista del brujo, de los cuales se utilizan las carnes para macabras comidas, y sus huesos para fetiches.”¹⁷

(...)”No ha mucho que se conmovió el pueblo cubano por las noticias de un asesinato cometido en El Gabriel, para que el corazón de la infantil víctima del fanatismo brujo sirviera de remedio a la esterilidad de una negra.”¹⁸

Pero no es solo la religiosidad afrocubana objeto de crítica sino también las manifestaciones culturales como la danza o la música. Ortiz desdeña el baile religioso al considerar que no se mantiene dentro de las fronteras místicas y pasa a menudo a ser una danza profana. Los califica como bailes de lujuria, donde los negros comienzan a sentir una excitación erótica desordenada, convirtiéndose estas manifestaciones danzarias en orgías.

¹⁵ “Los negros brujos”, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1995, p.74.

¹⁶ “Los negros brujos”, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1995, p.82.

¹⁷ “Los negros brujos”, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1995, p.82.

¹⁸ “Los negros brujos”, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1995, p.83.

(...)”No transcurre mucho tiempo, una vez empezado el baile, sin que la excitación erótica se manifieste en toda la crudeza africana.(...) No es raro que los negros sudorosos se despojen de la camisas, mostrando sus bustos lustrosos y sus bronceados brazos que ciñen con febril abrazo el cuerpo de la bailadora. Llegados a este momento, los bailarines se alocan por la irritación sexual, el chequeteo, la danza, etc. y la orgía corona frecuentemente la festividad religiosa.”¹⁹

El toque de tambores, base rítmica de la música afrocubana, obtiene su rechazo explícito en esta obra, los considera ensordecedores y carentes de armonía.

Y concluye esta obra con una cita donde expone la difusión de la cultura como una posible forma de eliminación de la brujería.

“Para la lucha contra la brujería pueden ser los auxiliares más eficaces del poder social aquellos individuos de color que, ascendidos por mérito de su inteligencia y de su moral a un nivel superior al de la mayoría de los de su raza, tienen entre estos, prestigio suficiente para facilitar un mucho la difusión de la cultura.”²⁰

Es evidente que Ortiz no podía sustraerse del positivismo, de hecho nunca abandona esta posición, que consideraba a la cultura en su acepción más amplia, que incluye a la educación, como un elemento esencial de nivelación social.

La segunda obra de la trilogía se presenta con falta de pulimento estilístico; sin el toque final, ese que perfila, define y perfecciona y que tan bien manejó, sobre todo en sus años de madurez – después del año 1925 -, pues sería uno de los cimeros prosistas de esta centuria.

Comienza su disertación explicando quiénes eran los negros curros del Manglar. Fueron negros y mulatos originarios de Sevilla y peculiares de la ciudad de La Habana, que se distinguieron por sus vestidos, lenguajes y adornos (camisa, calzado, sombrero, pañuelo, aretes, anillos), por sus comportamientos y su mala vida, de crimen y valentonería, siempre andaban armados de cuchillo, eran retadores y fáciles a las cuchilladas. La negra curra presentaba características similares.

Afirma que los negros curros fueron en su origen tipos muy característicos de la vida mala habanera. Mataban al ser humano infeliz no al tipo “duro” que

¹⁹ “Los negros brujos”, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1995, p.93.

frecuentaba los manglares. Eran propensos al parasitismo, a la delincuencia, se relacionaban con la prostitución pues eran chulos y rufianes.

(...)”Estos fueron los negros curros: los matones, los majos, los jaques, los guapos, los perdonavidas, los majafierros, hoy diríamos los osos, del hampa negra de La Habana. Esto aparte, que era su aspecto culminante, era reconocidos parásitos sociales que nada producían y cuya base económica estaba en la delincuencia. Y era inevitable que también se relacionaran con la prostitución, por lo cual con frecuencia y razón se les tildaba de chulos y rufianes, en sus tratos con las mujeres “de la vida”, “de la mala vida”, y muy particularmente con la negra curra que compartía su mala vida”.²¹

Expone que los curros no tenían música propia, ni danzas, ni tambores, maracas u otros instrumentos percusivos ni de otro género e incluso, ni siquiera tenían delincuencia específica. Hacían todo tipo de cosas, pero también podían no hacerlo.

Puede considerarse esta una investigación muy similar en su método a “Los negros brujos”.

Al culminar esta obra- la menor de las tres según nuestro criterio- comienza a interesarse por los aspectos históricos, los que aborda en la tercera obra de su Hampa Afrocubana. En esta se aprecia una pequeña evolución respecto a “Los negros brujos”, pues estudia los negros esclavos desde la óptica social. A pesar de ello, presenta errores que demuestran todavía la existencia de las huellas del “biologismo” en sus ideas.

En el capítulo II, por ejemplo, al señalar la procedencia geográfica de los afrocubanos, Ortiz incurre en la confusión de la época al llamar lucumís – como se les dice a los yorubas en Cuba – a s ibos.²²

Expresa que los negros, aunque lleguen a vivir en un medio civilizado e incluso lleguen a ser intelectuales, nunca serán civilizados porque siempre llevarán consigo características africanas que los empujan a la criminalidad.

²⁰ “Los negros brujos”, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1995, p.200.

²¹ “Los negros curros”, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1995, p.5.

²² ibos: grupo perteneciente a Biafra, república secesionista, cuya existencia tuvo lugar en el sureste de Nigeria. Pertenecían a la religión cristiana.

“Sin embargo, en la actualidad, cuando ya algunas generaciones de individuos de color han vivido en el medio civilizado, cuéntense también hampones negros que muestran ese desequilibrio en su evolución psicológica, y relativamente civilizados intelectualmente, conservan todavía rasgos de su moral africana que los precipita en la criminalidad.”²³

Califica la música de los negros esclavos como salvaje, con deficiencia de un orden lógico y exquisitamente musical.

Y culmina su obra haciendo referencia a las insurrecciones de los negros, de las cuales expresa que han sido movimientos subjetivos motivados por situaciones objetivas, pero que se han presentado de manera impulsiva, sin personas capacitadas que los dirijan y orienten.

“En todas las insurrecciones puramente negras de Cuba no se observa sino el estallido de una potente impulsividad largo tiempo comprimida, pero nada más: sin verdadero plan ni caudillos directores, sin eco suficiente en los demás esclavos (...)”²⁴.

Se observa en la obra de esta etapa temprana una influencia marcada del socialdarwinismo evidente en el hecho de que Ortiz sigue el esquema de la Escuela Evolucionista que categorizaba a las culturas de acuerdo a un esquema que iba de lo simple a lo complejo pasando por tres períodos: salvajismo, barbarie y civilización. En el caso del antropólogo cubano, retoma esta clasificación y la aplica al análisis racial. De esta forma, valora a la raza negra como más atrasada tanto desde el punto de vista moral como intelectual. Llega a referirse incluso a “primitividad moral de una psiquis”.

El hecho de atribuir cualidades o defectos no a individuos, sino a razas es una muestra de sus concepciones, que pudiéramos considerar en esta etapa, racistas.

Existen otros trabajos en este período inicial, pudiéramos citar a “Entre cubanos: psicología tropical”, de 1913 y publicado en París. Este folleto intenta explicar la actuación de los cubanos y el fenómeno de la doble moral, tan negativo en cualquier época, pero lo hace precisamente a partir del fenómeno del mestizaje, caracterizándolo como un problema imposible de erradicar pero que había

²³ “Los negros esclavos”, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1987, p.29.

provocado la aparición de ciertos “defectos” en el carácter del cubano: sensualidad, pereza, holgazanería, bullicio, entre otros.

En otros artículos y trabajos publicados por Ortiz posteriormente se observa que, a medida en que conoce y profundiza más en la historia y las investigaciones de campo, sus criterios evolucionan y ocurre un proceso de distanciamiento crítico con respecto a conceptos y concepciones acerca de las razas y sus aportes al surgimiento de la cubanidad.

Esto se explica también por el hecho de que a partir de 1925 Fernando Ortiz rompe con sus estudios criminológicos y de Antropología forense, evidenciados durante la primera etapa de su obra, para abordar temas sociológicos con mayor profundidad.

Ortiz fue madurando sus concepciones como investigador, lo que le permitió ampliar, despojado de la huella del “biologismo”, esa estrecha concepción racial abordada en sus obras iniciales.

Un notable trabajo ensayístico sobre la presencia de los elementos que se fusionan mutuamente en el proceso formativo de nuestra nacionalidad, lo constituye su valioso estudio analítico sobre la composición de “Los factores humanos de la cubanidad”, hecho público en el año 1939.

Esta conferencia – preparada para un ciclo que se efectuaba en la Universidad de La Habana, a solicitud de una agrupación de estudiantes, sorprendidos por la inescrupulosa reiteración del uso politiquero que se hacía del concepto de cubanidad – se produce en la plena madurez de Ortiz. Esto posibilita que en la misma haya resumido un enorme cúmulo de datos históricos y etnológicos.

En ella expone cómo Cuba había recibido una mezcla de razas en la formación de su nacionalidad, cómo había abrazado en su seno toda una diversidad de costumbres, de valores para hacerlos dueños de todo el proceso formativo de la cubanidad. “Se ha dicho repetidamente que Cuba es un crisol de elementos humanos. Tal comparación se aplica a nuestra patria como a las demás naciones de América. Pero acaso pueda presentarse otra metáfora más precisa, más comprensiva y más apropiada para un auditorio cubano, ya que en Cuba no hay

²⁴ “Los negros esclavos”, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1987, p.391.

fundiciones en crisoles, fuera de las modestísimas de algunos artesanos. Hagamos mejor un símil cubano, un cubanismo metafórico y nos entenderemos mejor, más pronto y con más detalles. Cuba es un ajiaco.”²⁵

Expresa que constantemente, Cuba ha ido recibiendo en su cubanidad, elementos nuevos, diversas razas y culturas que se fusionan en una misma sociedad para tener un carácter propio de creación.

“(…)Y así ha ido hirviendo y cocinando el ajiaco de Cuba, a fuego vivaz o a rescoldo, limpio o sucio, varió en cada época, según las sustancias humanas que se metieran en la olla por las manos del cocinero, que esta metáfora son las peripecias de la historia. Y en todo momento el pueblo nuestro ha tenido, como el ajiaco, elementos nuevos y crudos acabados de entrar a la cazuela para cocerse; un conglomerado heterogéneo de diversas razas y culturas, que se agitan, entremezclan y disgregan en mismo bullir social (…)”²⁶

Aborda en este texto ideas sobre la no existencia de una raza pura. Se ve plasmada una visión más madura y amplia sobre el problema racial.

“Pero pocos países habrá como el cubano, donde en un espacio tan reducido, en un tiempo tan breve y en concurrencias migratorias tan constantes y caudalosas, se han cruzado razas más dispares, y donde sus abrazos amorosos hayan sido más frecuentes, más complejos, más tolerados y más augurales de una paz universal de la sangres, no de una llamada “raza cósmica” que es pura paradoja; sino de una posible, deseable futura desracialización de la humanidad”.²⁷

Hace referencia a los aportes que le brindó el negro a la cubanidad. En esta conferencia, trabaja lo negro desde una óptica social, desechando la óptica criminológica. Expresa que este le ha brindado a la cubanidad elementos culturales que han sido de gran utilidad, como son: el arte culinario, el vocabulario, la amorosidad, entre otros elementos.

“El aporte del negro a la cubanidad no ha sido escaso. Aparte de su inmensa fuerza de trabajo, que hizo posible la incorporación económica de Cuba a la civilización mundial, y además de su privacidad libertadora, que franqueó el

²⁵ “Los factores humanos de la cubanidad”, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1991, p.14

²⁶ Ídem.16

²⁷ Ídem.17

advenimiento de la independencia patria, su influencia cultural puede ser advertida en los alimentos, en la cocina, en el vocabulario, la verbosidad, en la oratoria, en la amorosidad, en el materialismo, en la descrianza infantil, en esa reacción social que es el choteo, etc.; pero sobre todo en tres manifestaciones de la cubanidad: en el arte, en la religión y en el tono de la emotividad colectiva.”¹

De la música negra expresa, que es original, bella, extraordinaria. Ya no la considera como una música salvaje e incivilizada; además, que esta ocupó un lugar importante en el proceso de formación de la nacionalidad cubana.

Considera que el negro tuvo en sus sentimientos el concepto de cubanía y que sintió la patria de Cuba como si fuera la suya propia.

“Los negros debieron sentir, no con más intensidad pero quizás más pronto que los blancos, la emoción y la conciencia de la cubana (...)”²

Esta conferencia es esencial para entender la concepción etnosociológica de Ortiz, fundamentada en la imprescindible transposición e integración de elementos culturales en la formación de una nueva entidad nacional, la cual habrá de ser distinta de sus componentes. En nuestro caso, el aporte de los diversos ingredientes tendría como resultado la especificidad de “lo cubano”, producto de un largo y continuado proceso de identidad cultural.

Ya en los momentos en que dicta esta conferencia, Ortiz ha madurado el concepto etnosociológico de la transculturación, el cual habría de hacer público al año siguiente (1940) en su importante obra “Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar”. Mediante este neologismo define el proceso de conjugación cultural que se produce en esta sociedad.

Se considera que esta es la obra más profunda y abarcadora de Fernando Ortiz. El eminente antropólogo de la Escuela Funcionalista, Bronislaw Malinoswki, quien fuera su amigo, consideró que era la obra más valiosa que se hubiera escrito por un antropólogo latinoamericano.

El aporte principal de Ortiz con este trabajo fue la sistematización de una idea que ya había hecho suya: el mestizaje como símbolo de cubanía. En este sentido asume como centro de su obra el concepto de transculturación, opuesto al de

¹ Ídem. P.25.

aculturación que manejaba la antropología occidental y norteamericana. Según esta concepción, los miembros de una cultura al relacionarse con otra superior, se distanciaban de sus propios rasgos distintivos para asumir, paulatinamente, los de la cultura receptora. Ortiz consideraba que ello no era aplicable al caso cubano, pues en la formación de nuestra nación, cada aporte étnico había contribuido al proceso de fusión que originó lo cubano, que ya no era blanco, negro o asiático, sino mestizo, cada cultura había aportado a este proceso, de ahí el término más científico de transculturación.

Nuevamente insiste, esta vez apoyada en una bella metáfora económica, su tesis del mestizaje cultural.

“El tabaco es oscuro, de negro a mulato; el azúcar es clara, de mulata a blanca. El tabaco no cambia de color, nace moreno y muere con el color de su raza. El azúcar cambia de coloración, nace parda y se blanquea; es almibarada mulata, que siendo prieta, se abandona a la sabrosura popular y luego se encascarilla y refina para pasar por blanca, comer por todo el mundo, llegar a todas las bocas y ser pagada mejor, subiendo a las categorías dominantes de la escala social.”³

En esta obra, Ortiz establece una comparación entre los dos cultivos más importantes de la historia cubana durante el siglo XIX. Escribe que el azúcar le aporta a Cuba extranjería, esclavitud, coloniaje, latifundio; mientras que el tabaco conlleva a la libertad, la soberanía, la cubanidad, la humildad. Esta obra es una advertencia de los contrastes agrarios, económicos, históricos, sociales y etnográficos entre estos cultivos.

La conferencia sobre la música sagrada de los negros yorubas en Cuba es la primera exposición – de la segunda etapa de su obra- acerca de los instrumentos, la música y las danzas rituales de la santería, que Ortiz hace pública. En esta ocasión, por primera vez en una disertación suya, un grupo de demostradores representarían los toques rituales, entonarían los cantos sagrados y bailarían las danzas dedicadas a los santos. Sin dudas, el aporte más importante en esta ocasión fue la participación de un toque de tambores batá.

² Ídem. P.29.

³ “Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar”, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1991, p.

Las observaciones de tales prevenciones ayudan a comprender las dificultades que necesitó vencer Ortiz para revelar en público estos resguardados aspectos de los cultos de origen africano.

Observemos cómo se opone radicalmente a sus propios conceptos sobre el tema de la música negra, abordado en sus primeras obras, cuando expresa el encanto que presentaban los instrumentos yorubas (los tres tambores batá, principalmente), cómo cuando son tocados hablan una lengua expresada en lucumí, presentan valores musicales como cualquier otro instrumento musical una riqueza indescriptible en sus notas. Además, expresa claramente que la música de los negros no está compuesta de ruidos como afirman muchos, sino por una exquisitez de sonidos indescriptibles.

(...) “El encanto de la música de los tambores africanos no está solamente en el embrujamiento de sus ritmos, a veces muy difíciles de captar por la complejidad de sus tramazones sonoras y hasta de sus silencios, sino también en sus matizadas tonalidades.”⁴ Afirma que el predominio de los tambores en la música negra es un carácter originalísimo de esta. En un concierto de música negra, los tambores ocupan la parte principal.

Le atribuye valores positivos a la danza de los negros yorubas. En esta obra se aprecia una gran evolución, en cuanto a este tema, con respecto a sus obras anteriores. Ya no las caracteriza como bailes de “lujuria” donde se muestran movimientos “lascivos”.

(...) “La danza africana es una perfecta sinfonía de movimientos rítmicos en la que participan todos los músculos. Todos los bailes tienen ademanes miméticos, los cuales tratan de imitar movimientos que a su vez simbolizan las actividades características de la divinidad a que están dedicados (...)”⁵

Hace alusión a los dioses de los negros con simpatía y respeto.

(...) “Los dioses negros son por lo común muy alegres; no sienten la agonía filosofante y el intervencionismo ético de los dioses blancos, y gustan de bajar a divertirse con sus creyentes, como camaradas confianzudos.”⁶

⁴ “Estudios etnosociológicos”, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1991, p.89.

⁵ Ídem. P.92.

⁶ Ídem. P.92.

Un tópico importante para conocer la evolución del pensamiento científico de Ortiz, desde sus iniciales concepciones criminológicas hasta la asunción de un amplio espectro de las ciencias históricas, así como su capacidad de hacer pública rectificación de criterios repetidamente difundidos, es el que trata de la distinción entre los conceptos de “Brujos o santeros” y sobre la justeza en el empleo de uno u otro vocablo referido a los creyentes de los cultos sincréticos afrocubanos

En esta obra hace una total rectificación del vocablo “brujo”, utilizado en su obra “Los negros brujos”. Expresa que utilizó ese término por el desconocimiento que existía en aquella época sobre la religión afrocubana; pero que al comenzar el estudio de los ñañigos, se había percatado que debía separarlos de ese término. Además, expresa que también lo utilizó adrede porque era el término generalmente empleado, con sentido genérico, para expresar el conjunto de fenómenos sociales de los negros.

“Dada la ignorancia general del asunto, la palabra brujería prevaleció para significar la magia de los negros, y el vocablo hechicería para la magia de los blancos (...)”⁷

Este texto fue escrito por Ortiz, a raíz de la tesis de Rómulo Lachatañeré de no aceptar la denominación de brujería para significar las religiones de los afrocubanos. Entonces, Ortiz redacta este material donde le explica porqué había usado él, tempranamente, ese vocablo en su libro “Los negros brujos”.

Existen otras obras donde se retracta de sus iniciales ideas racistas. Ellas son principalmente “Martí y las razas” y “El engaño de las razas”, esta última escrita en 1946, se considera un alegato antirracista. En ella Ortiz valora cómo se había manifestado el pensamiento cubano, aún el más progresista, sobre este tema y se pronuncia, desde un punto de vista estrictamente científico, por la no existencia de razas, entendido este término como discriminatorio.

“La raza es un concepto humano histórica y científicamente convencional y cambiadizo, como social y vulgarmente altanero y despiadado. Pocos conceptos hay más confusos y envilecidos que el de la raza. Confuso por lo impreciso,

⁷ Ídem. P. 99.

envilecido por los despreciables menesteres políticos sociales en que ha sido empleado.”⁸

Es evidente que en esta etapa, Fernando Ortiz ha conseguido su plenitud intelectual, aquella que lo convertiría, por muchas razones, en el tercer descubridor de Cuba.

Conclusiones:

Al terminar este trabajo podemos realizar las siguientes consideraciones:

--En la obra temprana de Fernando Ortiz puede apreciarse la huella del socialdarwinismo especialmente en las publicadas bajo la serie: el hampa afrocubana. En estos estudios es evidente una concepción estrecha, incluso racista y discriminatoria de la cultura negra y su papel en la sociedad cubana.

--A partir del distanciamiento con sus estudios de antropología criminal y forense, ocurre en la obra de Ortiz un distanciamiento crítico con sus concepciones socialdarwinistas. En esto influye también la profundización de sus investigaciones sobre la cultura negra. Este proceso evolutivo culmina con dos obras que son las más importantes en la bibliografía ortiziana: “Los factores humanos de la cubanidad” y “Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar”.

-- La obra de Ortiz nos convence de su eclecticismo desde el punto de vista teórico pero de un sentido de la ética y la honestidad científica que lo hacen ser admirado por tantas generaciones de intelectuales, pues es digno de elogio quien sabe rectificar lo errado.

⁸ “El engaño de las razas”, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1945, p.17.

Bibliografía:

- Por Darwin. Compilación de Ismael Clark, Editorial Científico- Técnica, La Habana, 1985.
- Ortiz, Fernando. Los negros brujos, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1995
- Ortiz, Fernando. Los negros curros, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1995
- Ortiz, Fernando. Los negros esclavos. Editorial de Ciencias Sociales, 1987
- Ortiz, Fernando. Estudios etnosociológicos. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1991.
- Ortiz, Fernando: “Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar”, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1991.